

# Reflexiones tras Copenhague: un enfoque sindical para una decisión europea

Llorenç Serrano i Giménez

Secretario confederal de Medio Ambiente de CCOO

A estas alturas ya son muchas las valoraciones hechas sobre lo acaecido en la Conferencia de Naciones Unidas sobre Cambio Climático. También sobre las razones que no permitieron llegar a un acuerdo global, ambicioso y vinculante que era el objetivo europeo y de la Confederación Sindical Internacional.

Sobre los motivos y consecuencias de la evidente pérdida de liderazgo de la Unión Europea en las negociaciones sobre el clima, poco puedo añadir sobre lo ya dicho en múltiples análisis y creo que lo fundamental es ver qué propuestas y estrategias deben desarrollarse en el futuro. Sin embargo, sí creo que debo aprovechar la ocasión para explicar cual ha sido la posición sindical en la COP15.

## EL SINDICALISMO INTERNACIONAL ANTE LOS ACUERDOS CLIMÁTICOS

Las altas expectativas depositadas en la cumbre de Copenhague comportaron un alto grado de asistencia y de trabajo previo de muchas organizaciones sindicales de todo el mundo. Ello ha sido provocado por el gran nivel del trabajo desarrollado en los últimos años por la Confederación Sindical Internacional –CSI–. En el pasado no nos fue posible tener una posición común y en Copenhague hemos defendido con fuerza objetivos compartidos ante los distintos estados y en el plenario de la Conferencia. Para valorar la importancia de este cambio baste recordar cómo algunas organizaciones sindicales de países desarrollados negaban, no hace tanto,

el calentamiento, sus causas antropogénicas y, en todo caso, la utilidad o conveniencia de políticas de mitigación que afectasen a los procesos productivos.

Este acuerdo sindical ha sido posible por basarse en cuatro puntos fuertes. En primer lugar, compartir una visión de desarrollo sostenible basada en las ideas fuerza de empleos y economía verde, que apoyándose en el informe político de PNUMA ha ganado espacio y credibilidad, sobre todo entre los sindicatos de los países emergentes y en vías de desarrollo.

En segundo lugar, la aceptación de los diagnósticos y recomendaciones del Panel Internacional para el Cambio Climático (IPCC).

Algunas organizaciones  
sindicales de países  
desarrollados negaban,  
no hace tanto, el  
calentamiento, sus causas  
antropogénicas y la  
utilidad o conveniencia de  
políticas de mitigación que  
afectasen a los procesos  
productivos. Foto Rafael G.  
Dobarganes.



En tercer lugar –quizá el más importante–, el convencimiento de que un acuerdo global y vinculante es la mejor salvaguarda para las tentaciones proteccionistas y para el *dumping* –que si es ambiental, también lo es social–. Éste es el fundamental punto de encuentro entre los sindicatos del norte y del sur.

En cuarto lugar, el objetivo de un compromiso ambicioso de financiación del “desarrollo limpio” y de la adaptación para los países en desarrollo.

Y por último, pero fundamental, un objetivo propio –aunque cuente con la comprensión y apoyo del resto de la sociedad civil– como es el principio de “transición justa” aplicado a todas las políticas y medidas que se deben emprender para contener y adaptarnos al calentamiento global.

Estoy convencido de que el consenso conseguido se mantendrá, y que el próximo congreso de la CSI en el próximo mes de junio reafirmará estos objetivos para la próxima COP. Sin embargo, es obvio que el resultado de Copenhague no ayudará a que así sea. La ausencia de un acuerdo vinculante volverá a dar argumentos a los que, en defensa de intereses legítimos, ven con temor políticas de mitigación ambiciosas y proponen como forma de compensarlas políticas arancelarias que pondrían en riesgo el sistema de comercio mundial. Éste es el debate que puede romper la cohesión sindical expresada en Copenhague.

#### LAS INCÓGNITAS SOBRE LOS MECANISMOS Y PARTICIPACIÓN EN LAS CONFERENCIAS DEL CLIMA

Señalado esto, de Copenhague nos trajimos otras incertidumbres, aparte de las fundamentales so-

bre los objetivos voluntarios y la posibilidad de recuperar la senda de Bali en México 2010.

La primera preocupación, la descarada impugnación del mecanismo de Conferencia de Naciones Unidas para abordar las negociaciones sobre el clima. Es cierto que el requisito de la unanimidad para un acuerdo, y la propia mecánica de las sesiones facilitan entorpecer las negociaciones –cosa que no tendría ninguna importancia si lo practicasen pequeños países, pero no fue el caso–. Ello provoca que no se avance en los trabajos previos hasta que se tiene la sensación de estar al borde del abismo –y en esta ocasión el vértigo no fue un acicate para el acuerdo, sino para una salida al margen de la conferencia–. También es cierto que hay una confusión entre el papel del Secretariado de Naciones Unidas para la Conferencia, la función del país organizador y los liderazgos que informalmente se reconocen. Incluso estoy de acuerdo en que el trabajo maratónico con horarios irracionales no son la mejor forma de afrontar negociaciones tan delicadas. Ahora bien, todas estas cuestiones que habrá que mejorar, no son las que impiden el acuerdo deseado. Si no hubo un acuerdo vinculante en Copenhague es porque entre las altas y diversas expectativas que allí confluyeron y lo que se puso encima de la mesa no había casación posible. Con objetivos más ambiciosos y posiciones más generosas de los países ricos y grandes emisores, el acuerdo hubiese sido posible y el farragoso mecanismo de este tipo de conferencia no hubiese sido siquiera mencionado.

Creo que estamos en grave riesgo de que se hurte a la Conferencia de Naciones Unidas su papel, y que en futuras COP ésta sea la pantalla que disimule una nueva forma de negociación entre los “grandes”. Si ello es así, auguro que será a costa de la ambición en los objetivos y

**Con objetivos más ambiciosos y posiciones más generosas de los países ricos y grandes emisores, el acuerdo en Copenhague hubiese sido posible y el farragoso mecanismo de este tipo de conferencia no hubiese sido siquiera mencionado**

dejando un rastro de desconfianza y rechazo que ya afloró en Copenhague. Quizá el protocolo de Kyoto ha sido un espejismo que hemos sobrevalorado, dado que –por distintas causas y mecanismos– no comprometió a los grandes emisores. Ahora que éstos han pasado a un primer plano, parece difícil mantener la esperanza de que las conferencias sobre cambio climático respondan políticamente a las recomendaciones de la comunidad científica. El gran problema es la falta de tiempo para tomar las decisiones inaplazables que este nuevo equilibrio pospone.

Y dentro de esta preocupación por el mantenimiento del carácter de las próximas conferencias, está la incertidumbre sobre cuál será el papel de la sociedad civil. En mi opinión, lo ocurrido en Copenhague no fue una cuestión de mala organización. En las colas y en el interior del Bella Center lo que percibimos fue que molestábamos. Aparte de la represión de manifestaciones y otros actos paralelos, se trata de que se vetó la entrada a miles de personas acreditadas con meses de antelación. Y se trata de varias declaraciones en que se ridiculizaba el papel de los observadores como si se tratase de “turistas de conferencia”. Yo puedo entender que se fije un límite de observadores, que se asigne un número de ellos a las organizaciones con carácter previo a la inscripción –es muy difícil medir la representatividad de estas para asignar los puestos, pero un criterio sería el seguimiento histórico con algún factor que compensara la evidente preponderancia de los países desarrollados–. Nosotros mismos necesitamos que se establezca y garantice qué actos se podrán organizar en la convención, que se nos diga a qué sesiones pueden asistir los observadores y, cuáles no. Creo que la conferencia debe ser lo más abierta posible a los observadores. Y creo que si se pide contención a las delegaciones de la sociedad civil, lo mismo debe hacerse con las gubernamentales. Pero todas estas consideraciones deben servir para reforzar la participación de la sociedad civil, no para excluirla con argumentos de operatividad que esconden la incomodidad de los gobiernos ante el escrutinio público de sus actos.



En mi opinión, los mejores aliados de Naciones Unidas en las conferencias son las personas que asisten como observadores. Sin éstos, la verdad científica y la preocupación social pierden peso en las cabezas de los negociadores, constreñidos por otros intereses que no necesitan estar representados ahí para hacerse evidentes. Creo que si se pierde o diluye la presencia de observadores de la sociedad civil se perderá visión, ambición y generosidad en las conferencias. La cuestión no es que sin nosotros sea más fácil presentar como avances lo que en mi opinión ha sido un fracaso, sino que la posibilidad de llegar a los acuerdos necesarios será aún más remota.

El acuerdo sindical para Copenhague ha sido posible por basarse, entre otros puntos fuertes, en compartir una visión de desarrollo sostenible basada en las ideas fuerza de empleos y economía verde. Foto: Roberto Anguita.



También es fundamental el acuerdo sobre el objetivo de un compromiso ambicioso de financiación del “desarrollo limpio” y de la adaptación para los países en desarrollo. Foto: Álvaro López

### ¿ANTE LA PARÁLISIS, QUÉ DEBE HACER EUROPA?

Pero, si alguna cuestión me quedó clara a la vuelta de Copenhague, es la necesidad de que Europa se dote de una estrategia de desarrollo propia que sea más que una baza en las negociaciones sobre el clima.

Europa debe negociar mejor. Cuesta entender cómo no consigue posiciones comunes con los países más vulnerables al cambio climático cuando está dispuesta a hacer mayores esfuerzos de reducción de emisiones y de financiación que otros. Es evidente que la multiplicidad de voces que hablan en nombre de Europa no ayuda a que se la tenga en cuenta por su peso real. Que parece que pusimos todas las expectativas en el liderazgo del presidente Obama sin calibrar lo que esto suponía. Pero más relevante de todo esto es que en el futuro, por los esfuerzos

hechos y por los ya comprometidos, las emisiones europeas serán una fracción relativamente pequeñas de las totales, y que por tanto el incentivo de reducir nuestras emisiones como acicate para que otros hagan lo mismo, será cada vez menos relevante. En la práctica esto ha sido así en Copenhague, donde la oferta europea de reducir nuestras emisiones en un 30% por ciento en el año 2020, en lugar del 20% por ciento, en el supuesto de un buen acuerdo, no ha servido para llegar a éste.

La posición europea tiene mucho de responsabilidad pasada –hemos sido cuna de la revolución industrial y por consiguiente de la mayoría de los gases de efecto invernadero que campan por la atmósfera– y también de responsabilidad con el futuro, de acuerdo. De aquí a que parezca que queremos dar lecciones al mundo sólo hay un paso y creo que muchos en el mundo lo perciben así. Nuestra disposición al esfuerzo

en reducción de emisiones no ha conmovido a nadie más en el mundo, mientras en Europa buena parte de la sociedad, los poderes y los intereses estiman que estábamos dispuestos a ir demasiado lejos. La posición europea –que, me temo, sigue siendo la misma para el futuro– no es sólida. Y conforme disminuya el peso relativo de nuestras emisiones, todavía lo será menos.

Con el resultado de Copenhague, conocidos ya los objetivos voluntarios que no han ido más allá de lo que se anunció con carácter previo a la Cumbre, con las crecientes dificultades en el Congreso de los Estados Unidos para la aprobación de la ley de cambio climático, con el desconocimiento de quien sustituirá a Ivo de Boer, con el anuncio de China que no habrá acuerdo sobre, clima en 2010... Con todas estas noticias que no puedo considerar positivas, es difícil esperar grandes avances en la COP16 de México. Por lo tanto, creo que podemos convenir que Europa deberá renovar la Estrategia de Lisboa sin que existan cambios relevantes en los contenidos de los acuerdos sobre cambio climático.

#### POR UNA ESTRATEGIA EUROPEA HACIA UNA ECONOMÍA BAJA EN CARBONO

Toda mi argumentación siguiente debe entenderse en clave europea, aunque también española y para cualquier espacio social o territorial que la considere aprovechable. Pero creo que el mayor obstáculo para desarrollar las políticas públicas hoy necesarias están en el ámbito y la escala europeos.

En primer lugar, Europa, impulsora del protocolo de Kyoto, cumplidora de sus compromisos

y con objetivos de reducción para 2020 por encima de los de nuestros socios y competidores, tiene a buena parte de su industria y sociedad preocupada y angustiada porque piensa que esos compromisos menguan nuestra competitividad y, en consecuencia, nuestro bienestar futuro.

Cómo consecuencia, Europa no se plantea objetivos de reducción de emisiones mayores –aunque estaría en condiciones de hacerlo– si los otros países –desarrollados y emergentes– no lo hacen asimismo. El mensaje implícito pero poderoso que estamos trasladando a la sociedad europea es que nuestros objetivos son el fruto de un compromiso entre responsabilidad ambiental y competitividad. Quienes albergan temores razonables sobre cómo les pueden afectar esos objetivos, desarrollarán –en tiempos de crisis, aún más– estrategias para posponerlos. No hemos sido capaces de hacer visible que esos objetivos nos convienen. No seremos capaces de hacerlo mientras los condicionemos a lo que hagan los demás. En este sentido, la propuesta de negociación que parecía bien encaminada antes de Copenhague, se ha demostrado negativa para la asunción en Europa de objetivos de reducción ambiciosos.

Creo que Europa debe hacer una valoración sobre qué ha supuesto el cumplimiento del Protocolo de Kyoto en términos de tejido productivo y competitividad. Yo pienso que Kyoto ha sido un factor positivo para Europa, que nos ha enseñado el camino para ser menos dependientes de los combustibles fósiles que importamos, que nos ha hecho ser más eficaces y eficientes en el uso de la energía y que nos ha llevado a ser líderes en sectores industriales nuevos aún por desarrollar plenamente.

**Kyoto ha sido un factor positivo para Europa, que nos ha enseñado el camino para ser menos dependientes de los combustibles fósiles que importamos, que nos ha hecho ser más eficaces y eficientes en el uso de la energía y que nos ha llevado a ser líderes en sectores industriales nuevos aún por desarrollar plenamente**

**Es en la revisión de la Estrategia Europea donde debe hacerse la gran apuesta por la economía baja en carbono, por el cambio de modelo productivo hacia la sostenibilidad. Debe ser en el camino europeo por la calidad del empleo y el bienestar, donde debemos inscribir el cambio a una economía baja en carbono y objetivos de reducción de emisiones más allá de lo comprometido hasta ahora**

Es éste el año en que Europa debe rehacer su estrategia, el objetivo seguirá siendo el de una economía intensiva en conocimiento y de una mayor sostenibilidad ambiental, para ser “la economía más competitiva del mundo”. La actual Estrategia de Lisboa no ha alcanzado sus objetivos y es opinión ampliamente compartida que ha sido debido a la multiplicidad de objetivos y a la falta de instrumentos comunitarios para alcanzarlos.

Lo que nos hace falta, no es tanto una simplificación de los objetivos a conseguir en los distintos campos: formación, investigación, infraestructuras, sostenibilidad ambiental, etc., que a veces parecen incluso contradictorios y sin jerarquía entre ellos, como adoptar una visión que los comprenda y señale una dirección clara en la que movernos.

Evidentemente, estoy señalando una economía baja en carbono como el horizonte deseable, no sólo en términos ambientales y para mitigar el calentamiento global, sino cómo estrategia para garantizar la actividad económica y el bienestar en Europa. Creo que Europa debe dejar de actuar como locomotora de los acuerdos internacionales de cambio climático –de hecho ya nos han dejado fuera de este lugar- para pasar a desarrollar una función ejemplarizante. Lo importante ya no será cuantas emisiones reducimos a cambio de la reducción de otros, sino demostrar cuan eficaces y competitivos podemos ser reduciendo emisiones.

Por tanto, Europa debería fijarse objetivos propios de reducción de emisiones no condicio-

nados a lo que hacen los demás, y, puesto que estábamos dispuestos a hacerlo, llegar hasta una reducción del 30%, que además nos situaría en la banda baja de las recomendaciones de IPCC para los países desarrollados.

Este objetivo tiene la ventaja de estar ya estudiado y preparadas las modificaciones de objetivos que suponen para cada Estado miembro. Sin embargo, quiero resaltar cómo este objetivo que nos remite a los acuerdos internacionales de cambio climático, forma parte de una visión donde éstos son un elemento importante a tener en cuenta, pero no el fundamento de nuestra visión. Es en la revisión de la estrategia europea donde debe hacerse la gran apuesta por la economía baja en carbono, por el cambio de modelo productivo hacia la sostenibilidad. Debe ser en el camino europeo por la calidad del empleo y el bienestar donde debemos inscribir el cambio a una economía baja en carbono y objetivos de reducción de emisiones más allá de lo comprometido hasta ahora.

Europa necesita reforzarse, institucionalmente, pero sobre todo necesita desarrollar el sentido de pertenencia de la ciudadanía que la conforma. Una estrategia europea encaminada con claridad a la economía baja en carbono supone y necesita de políticas comunes y dirigidas desde la Comisión que devuelvan sentido a la Unión, debe desarrollarse un sentimiento de proyecto compartido entre toda la ciudadanía europea y este reto puede ser una poderosa palanca para hacerlo. Sólo será posible aunar esfuerzos si somos capaces de señalar objetivos de bienestar y cohesión social para los cuales el cambio hacia

la economía ambientalmente sostenible puede ser el medio y la garantía. El atractivo de Europa para los países que hemos ingresado después de su fundación –hoy ya la mayoría– ha sido un modelo de economía social de mercado que debemos revisar, no en sus contenidos sociales, sino en nuestras formas de producción y consumo, para garantizar la continuidad de nuestra capacidad de competir sin hacerlo a costa de nuestros derechos. La ciudadanía europea entenderá y apoyará los esfuerzos así explicados y no si se explican con las reservas y temores que implica no atrevernos a reducir nuestras emisiones si otros no lo hacen.

A este planteamiento se objeta el argumento de que incorporar la sostenibilidad a la actividad económica supone un sobrecosto que no se puede asumir sin incurrir en una pérdida de competitividad. Este enfoque ignora las externalidades negativas de nuestros modos de producción –costos que se transfieren no sólo a generaciones futuras sino al conjunto de la sociedad, que debe hacerse cargo de muchas de sus consecuencias negativas– y no tiene en cuenta las oportunidades del cambio hacia una economía ambientalmente sostenible. De he-

cho, es una argumentación destinada a mantener las inercias e intereses actuales, obviando que el tejido productivo está permanentemente reestructurándose y renovándose.

En realidad, el supuesto mayor coste ambiental que soporta la producción de bienes y servicios en Europa poco tiene que ver con la pérdida de peso relativo de nuestra industria a nivel global ni con la deslocalización de centros de producción. En la mayoría de los casos, ello tiene que ver más con fenómenos que no podemos cambiar, como la cercanía a mercados emergentes y a fuentes de materias primas o que existen hace años sin que hayamos hecho nada relevante por cambiarlos, como han sido los menores costes y ausencia de derechos laborales.

Creo que, descartados los factores más relevantes que he enumerado, el desarrollo de actividades y sectores más sostenibles ha compensado con creces la posible pérdida de actividad y empleo que se haya dado por la exigencia de mayor rigor ambiental. Y creo que se ha dado en actividad empresarial de futuro aunque también ha sido significativo el desarrollo de servicios públicos asociados a una mayor sostenibilidad.



Objetivos ambiciosos en el transporte, en minimización y gestión de residuos urbanos y ganaderos, etc., se alcanzarán si se cuenta con el esfuerzo de las administraciones regionales, locales y con la sociedad civil. Foto: Roberto Anguita.

Por ejemplo, la pérdida de empleo en un sector tan tradicional como el carbón –que está en el origen de la propia Unión Europea– tiene más que ver con los precios del carbón de importación y por su sustitución por otros combustibles fósiles que con las políticas de reducción de emisiones. Por supuesto, éstas le afectarán en el futuro, pero mucho menos que los cambios del último cuarto del siglo pasado en que aún no existían y cuando eran incipientes otras medidas ambientales de preservación del entorno inmediato.

Podemos esquematizar un círculo virtuoso según el cual los cambios en el sistema productivo se han producido siempre buscando un incremento de la productividad que se consigue sustituyendo trabajo por capital. Ello ha sido a la vez consecuencia y causa del incremento de los costes salariales, comprendidos los directos y los indirectos. Ello ha tenido como consecuencia una necesidad de mayor capacitación de la gente trabajadora y el incremento de los empleos de mayor calidad. Hasta aquí la evolución tipo de las economías y sociedades de nuestro que el proceso de globalización ha distorsionado.

Así, ha aparecido gran cantidad de mano de obra con capacitación parecida a la europea y mucho menos costosa. También el aumento de productividad por encima de la demanda de mercado –especialmente cuando han aparecido nuevos proveedores– ha truncado la espiral que vincula mayor productividad con mejores condiciones de trabajo. Y también sabemos que –y España es buen ejemplo de ello–, pueden coexistir en un mismo espacio actividades de alto valor con otras basadas en empleo de poca calidad en razón de su poca aportación a la cadena de valor. Todo ello ha sido facilitado por el

desarrollo de las tecnologías de la información y cambios en los mercados financieros y de productos.

Ante ello, la respuesta europea no puede ser incrementar la dualización social presionando a la baja las condiciones de bienestar y trabajo de la mayoría de la población activa. Debemos mantener el grueso de nuestro tejido productivo, pero también poner en pie nuevas actividades, altas en conocimiento e intensivas en capital. Debemos compensar, no tanto la pérdida relativa del peso de nuestra industria en el escenario global, que me parece inevitable, como la pérdida de empleos en los sectores tradicionales, que serán en su mayor parte consecuencia de incrementos de productividad y no tanto de las exigencias ambientales.

Pero además, esto será insuficiente. Así como sustituimos trabajo intensivo por capital y conocimiento, debemos empezar a sustituir también los materiales. Por consciencia de los límites planetarios, porque el precio de éstos ya ha dejado de ser marginal, por lo insostenible de un consumo basado en el uso y desecho –incluso e la adquisición y el no uso. Economía desmaterializada y economía baja en carbono son sinónimas. Y ello conllevará un incremento del valor del servicio por encima de de producción, sin que suponga renunciar a la actividad industrial, por supuesto.

Éste me parece el único camino para que Europa mantenga lo que hoy son características sociales propias, y la forma de ofrecer al mundo un modelo universalizable de bienestar.

¿Es el camino hacia una economía baja en carbono, con objetivos de reducción de emisiones ambiciosos, un salto sin red? Creo que no, la

**Europa debe decidir si se esfuerza en mantener la ventaja que hoy tiene o si, por parálisis, la regala. Lo que está en juego es el liderazgo futuro en la mayor reconversión industrial por dimensión y profundidad que haya visto el mundo**

mayor parte del esfuerzo hasta 2020 podríamos hacerlo en los sectores no sujetos a competencia exterior: el sector energético –sobre todo en ahorro y eficiencia– y en los sectores difusos. Podemos hacerlo sin mengua de nuestra competitividad. Objetivos ambiciosos en el transporte, en minimización y gestión de residuos urbanos y ganaderos, etc. se alcanzarán si se cuenta con el esfuerzo de las administraciones regionales, locales y con la sociedad civil.

Otro argumento recurrente es que no es ahora el momento para el cambio productivo. Es una derivada de toda la visión que considera que éste conlleva una pérdida de competitividad y que la ambientalización productiva es un capricho de sociedad opulenta.

Sin embargo, en el origen de la crisis están los enormes excedentes de liquidez –que había que colocar en algún sitio, aunque no fuese un prestatario solvente– generados por un modelo de globalización que trata los recursos naturales como infinitos y que aprovecha las desigualdades sociales para aumentar sus beneficios. La crisis empezó a tomar cuerpo cuando el petróleo se acercaba a los cien dólares el barril. Bajó el crecimiento y con ello la posibilidad de devolver los créditos temerarios. Desvincular nuestra economía de los combustibles fósiles es urgente, necesario y la receta para evitar una pronta recaída.

### TRANSICIÓN JUSTA EN EL CAMBIO

Un cambio productivo como el descrito genera oportunidades y riesgos, las oportunidades son para los primeros en llegar. Europa no debe confundirse con la actitud de Estados Unidos, China y los demás países emergentes en las negociaciones del clima. Posponiendo objetivos vinculantes y contrastables no están negando que deban producirse reducciones de emisiones importantes. Estos países están ganando tiempo porque, por razones distintas, consideran que sus economías no están preparadas para acometer la reducción y contención de emisiones que les correspondería sin sacrificar sus expectati-

Los países en desarrollo, en su mayoría, están desplegando planes de economía verde –fundamentalmente energías renovables– más ambiciosos incluso que los europeos. Foto: Roberto Anguita.



vas. Pero al tiempo que lo hacen, en su mayoría están desplegando planes de economía verde –fundamentalmente energías renovables– más ambiciosos incluso que los europeos. Quiere decir que llegará el momento en que se considerarán capacitados para liderar sectores en los que ahora la primacía es europea y lo es por los compromisos derivados del protocolo de Kyoto. Europa debe decidir si se esfuerza en mantener esta ventaja que hoy tiene o si, por parálisis, la regala. Lo que está en juego es el liderazgo futuro en la mayor reconversión industrial por dimensión y profundidad que haya visto el mundo.

Por tanto, debemos optar por el cambio productivo, hacia una economía baja en carbono, desde una perspectiva y compromisos europeos y debemos inscribir este cambio en el objetivo de mantener la cohesión y bienestar social europeos y como meta compartida que refuerce la identidad europea. La mejor manera de hacer visible esta apuesta es señalar objetivos de reducción de emisiones ambiciosos y no condicionados. Ello, junto con la necesaria solidaridad con la financiación del desarrollo limpio y la adaptación de los países más vulnerables, debería permitir a Europa recuperar protagonismo en la conferencias del clima o –más importante– señalar el camino a seguir para el conjunto de economías.

Ahora bien, cualquier cambio genera vulnerabilidad, la gente trabajadora puede quedar expuesta a consecuencias negativas. Por eso, los sindicatos hemos puesto en pie el concepto de Transición Justa. En los compromisos para el clima, pero también en la revisión de la Estrategia de la Unión, Transición Justa debe recogerse cómo visión y compromiso.

Transición Justa no es sólo protección ante la reconversión productiva, por supuesto estamos hablado de protección social, pero también de beneficiarnos de las oportunidades, de generar nuevos empleos verdes, sostenibles y de calidad, de “enverdecer” los actuales sin renunciar a ningún sector de actividad económica. Toda

la sociedad europea debemos beneficiarnos de la apuesta por el conocimiento que debemos hacer; los trabajadores y trabajadoras europeos debemos tener la oportunidad de adquirir las nuevas capacidades necesarias para mantener nuestras expectativas de trabajar.

Ello exige de la revisión de la Estrategia Europea un amplio abanico de políticas fiscales, normativas, de formación e industriales de dimensión europea. Instrumentos y capacidades que residan en el gobierno de la Unión y no en sólo en los Estados miembros.

Políticas europeas, porque necesitamos de la demanda de todo nuestro mercado –el mayor del mundo– para las curvas de aprendizaje de las nuevas tecnologías y materiales, porque todos los países deben sostener solidariamente esta maduración de los sectores con futuro –el caso más relevante es el de las energías renovables– y porque debe garantizarse que los beneficios del cambio se extienden a toda la Unión. También porque algunas de las medidas a tomar, en transporte, en pautas de comercialización en fiscalidad, no pueden convertirse en elementos sobre los que distintos Estados miembros o regiones busquen diferenciarse a la baja con una visión a corto plazo.

Políticas europeas que cuenten con la participación y compromiso de la sociedad civil, de empresas y trabajadores, de administraciones locales y regionales, que superen la distancia entre ciudadanía y el complejo gobierno de la Unión.

Políticas europeas porque necesitamos reforzarnos internamente, para actuar con una sola voz que nos represente a todos y tenga capacidad de negociación, porque necesitamos objetivos comunes para reforzar los lazos de ciudadanía europea, y políticas europeas al fin, porque difícilmente tendremos acuerdos ambiciosos vinculantes y verificables en el inmediato futuro, pero esto no puede ser pretexto para dimitir de nuestra responsabilidad ni para posponer el cambio deseable. ♣